

NOTAS, INFORMES Y DOCUMENTOS DE POLÍTICA EXTERIOR DE OTROS PAÍSES

Discurso del secretario general del Partido Comunista de la URSS, Mijail Gorbachov, ante el XLIII período de sesiones de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas

Estimado señor presidente;
estimado señor secretario general;
estimados delegados:

Estamos aquí para expresar nuestro respeto a la Organización de las Naciones Unidas, que muestra cada vez más su capacidad de ser un centro internacional, único en su género, al servicio de la paz y la seguridad.

Estamos aquí para expresar nuestro respeto a la dignidad de esta organización que acumula la razón colectiva y la voluntad del género humano.

Los acontecimientos corroboran cada vez más que el mundo necesita tal organización, la que, a su vez, requiere que todos sus miembros participen activamente en sus labores, apoyen sus iniciativas y acciones, y enriquezcan la actividad de esta entidad en la medida de sus posibilidades y con su aporte original.

Hace poco más de un año, en mi artículo "Realidad y garantías de un mundo en seguridad", expresé varias consideraciones con respecto a los problemas que se encuentran en el campo visual de la ONU.

El tiempo transcurrido dio pábulo a nuevas reflexiones. Efectivamente, se ha producido un viraje en el acontecer mundial.

Es notorio el papel que la Unión Soviética desempeña en los asuntos mundiales. Teniendo en cuenta las reformas revolucionarias que se realizan en nuestro país y que llevan implícito un colosal potencial de paz y de cooperación internacional, estamos hoy especialmente interesados en ser bien comprendidos.

Por esta razón estamos aquí, para poder, dentro de las paredes de la más prestigiosa organización universal, compartir con ella nuestras reflexiones e informarla sobre nuestras nuevas decisiones importantes.

¿Con qué mentalidad entrará la humanidad al siglo XXI? Las ideas sobre este futuro no lejano arraigan ya en la mente. Oteamos al porvenir esperando lo mejor, pero, al mismo tiempo, con alarma.

El mundo en que vivimos hoy se distingue radicalmente del de comienzos o incluso mediados de nuestro siglo. Este mundo sigue cambiando en todas las partes que lo integran.

La aparición del arma nuclear sólo subrayó, de manera trágica, el carácter fundamental de estos cambios. Como símbolo material y portador de la fuerza militar absoluta, el arma nuclear también puso al desnudo los límites absolutos de esta fuerza.

El problema relativo a la supervivencia de la humanidad se ha planteado en toda su magnitud. Se operan profundísimos avances sociales. En el prosencio de la historia —sea en el oriente o en el sur, en el occidente o en el norte— han entrado cientos de millones de personas, nuevas naciones y Estados, nuevos movimientos sociales e ideologías.

En los amplios movimientos populares, a veces tempestuosos, se manifiesta, en toda su magnitud y con toda su contradicción, el anhelo a la independencia, a la democracia y a la justicia social. La idea de democratizar todo el orden mundial se ha convertido en una poderosa fuerza político-social.

Al mismo tiempo, la revolución científico-técnica convirtió muchos problemas —económicos, alimentarios, energéticos, ecológicos, de información y demográficos—, que considerábamos hace poco como étnicos o regionales, en problemas globales.

Al parecer, el mundo se ha hecho más visible y perceptible gracias a los medios de comunicación modernos, de difusión masiva y de transporte. Los contactos internacionales se han simplificado de manera extraordinaria.

Hoy es poco probable que se conserven ciertas sociedades "cerradas". De modo tal que es necesario reconsiderar resueltamente los criterios sobre todo el conjunto de problemas de la cooperación internacional, que es un elemento importantísimo de la seguridad global.

La economía mundial se convierte en organismo único, a cuyo margen no puede desarrollarse ningún Estado, independientemente de su sistema social y nivel económico.

Este hecho pone al orden del día la necesidad de elaborar un mecanismo conceptualmente nuevo de funcionamiento de la economía mundial y reestructurar la división internacional del trabajo.

A su vez, el desarrollo de la economía mundial pone al desnudo las contradicciones y los límites de la industrialización de tipo tradicional. Su propagación "horizontal y vertical" conduce a la catástrofe ecológica.

Mas todavía: hay muchos países con industria subdesarrollada, algunos, incluso, se encuentran en la etapa pre-industrial. ¿Seguirán esos países su avance económico según los viejos modelos tecnológicos, o se incorporarán a la búsqueda de una producción ecológicamente pura? Este es uno de los problemas más importantes. Otro estriba en lo siguiente: el abismo existente entre los Estados industrializados y la mayoría de los en desarrollo no se hace menos profundo, convirtiéndose en una amenaza de carácter global cada vez más seria.

A ello obedece la necesidad de buscar un progreso industrial, nuevo de principio, que responda a las aspiraciones de todos los pueblos y Estados.

Es decir, las nuevas realidades modifican la situación mundial. Se atenúan o se relegan a segundo plano las diferencias y antagonismos que heredamos del pasado, pero surgen nuevos. Pierden importancia algunas de las discrepancias y litigios anteriores, pero son sustituidos por conflictos de otra índole.

La vida obliga a librarnos de estereotipos, ilusiones y de nociones obsoletas. Cambia los mismos conceptos de carácter y criterios para el progreso.

Sería ingenuo pensar que los problemas que atormentan hoy a la humanidad puedan resolverse con métodos y medios que se utilizaban o parecían admisibles antes.

Sí, la humanidad ha acumulado una riquísima experiencia de desarrollo político, económico y social, en las más diversas condiciones. Pero esta experiencia pertenece a una praxis y a una concepción del mundo que se está relegando o ya se relegó al pasado.

Este es uno de los rasgos del carácter crucial de la etapa presente de la historia.

Los más grandes filósofos procuraron descubrir las leyes de la evolución de la sociedad, hallar respuesta a la interrogante clave: ¿Cómo hacer feliz,

justa y segura la vida del hombre? Las dos grandes revoluciones —la francesa de 1789 y la rusa de 1917— dejaron una poderosa impronta en el carácter del proceso histórico, cambiaron radicalmente la marcha de los acontecimientos mundiales.

Ambas —cada una a su modo— imprimieron un colosal impulso al progreso de la humanidad. Formaron en grado considerable, también, la mentalidad que hasta ahora sigue prevaleciendo en la conciencia social. Éste es un acervo espiritual magno.

Mas hoy, ante nuestros ojos, está naciendo un mundo nuevo, para el cual debemos buscar nuevas vías hacia el porvenir. Buscar, desde luego apoyándonos sobre la experiencia acumulada, pero viendo, al mismo tiempo, las diferencias cardinales entre aquello que hubo ayer y aquello que hoy sucede.

El carácter innovador de las tareas y su complejidad no se reducen a ello. Hemos entrado en una época en la que el interés universal constituirá la base del progreso.

La intelección de este hecho exige que también en la política mundial se dé prioridad a los valores universales.

La historia de los siglos y milenios pasados era una historia de guerras que arrastraron de hecho a todos los países, desembocando a veces en batallas a ultranza, hasta el exterminio mutuo. Su origen radicaba en el choque entre los intereses sociales y políticos, en la enemistad entre los pueblos, en su incompatibilidad ideológica o religiosa. Así era.

Hasta hoy muchos pretenden presentar como lógica ineluctable ese pasado aún no superado.

Sin embargo, paralelamente a las guerras, la enemistad, el aislamiento entre los países y pueblos, se desarrollaba cobrando impulso otro proceso objetivo: la edificación de un mundo interdependiente e íntegro.

Hoy, el progreso mundial es posible únicamente a través de la búsqueda de un consenso de toda la humanidad en el avance hacia un nuevo orden mundial.

Hemos llegado a un límite, tras el cual la espontaneidad puede llevarnos a un atolladero. La comunidad mundial debe aprender a propiciar y a encauzar los procesos, de manera tal que se logre conservar la civilización, garantizarle la seguridad global y hacerla más favorable para una vida normal. Se trata de una colaboración que se podría denominar más exactamente "creación y desarrollo a partir de la cooperación".

La concepción del desarrollo "en detrimento de otro" se está haciendo anticuada. A la luz de las realidades actuales es imposible lograr un verdadero progreso en detrimento de los derechos y las libertades del hombre y de pueblos enteros, en detrimento de la naturaleza.

Para solucionar los problemas globales se requieren nuevas "proporciones" y una nueva "calidad" de la cooperación entre Estados y corrientes políticas, independientemente de sus diferencias ideológicas y de otra índole.

Cae de su peso el que los cambios radicales y revolucionarios se seguirán operando en algunos países y estructuras sociales. Así ha sido y así será siempre.

Pero también aquí la época introduce sus correctivos: los procesos transformadores internos no pueden alcanzar sus objetivos nacionales, desarrollándose únicamente de modo "paralelo" a otros externos, sin aprovechar los logros del mundo entero y las oportunidades que brinda la cooperación en pie de igualdad. En estas condiciones sería más destructiva, para el establecimiento de la paz universal, la injerencia en estos procesos internos con el fin de adecuarlos a modelos foráneos.

En el pasado las diferencias constituían, con frecuencia, un factor de aislamiento. En el presente es posible convertirlas en un factor de enriquecimiento y atracción mutuos. Detrás de las diferencias del sistema social, del modo de vida y de los valores, están los intereses de uno u otro Estado. Y de ello es imposible prescindir. Como tampoco es posible prescindir del imperativo, que es ya una condición *sine qua non* para la supervivencia y el progreso, de equilibrar los intereses a escala internacional.

Reflexionando sobre todo ello, se llega a la siguiente conclusión: si queremos aprender de las lecciones del pasado y de las realidades del presente; si debemos tomar en consideración la objetiva lógica de desarrollo mundial, es necesario buscar, y con esfuerzos aunados, las vías tendientes al saneamiento de la situación internacional, a la construcción de un mundo nuevo. Si es así, vale la pena acordar las premisas y los principios verdaderamente universales de tal actividad.

Es obvio, por ejemplo, que la fuerza y la amenaza no pueden ni deben seguir sirviendo como instrumentos de política exterior. Esto se refiere, en primer lugar, a las armas nucleares. Pero el problema radica no sólo en ellas. Todos los Estados, y, sobre todo, los más fuertes, han de saber autolimitarse y excluir totalmente el empleo de la fuerza con respecto a otros. Este es el primer y más importante elemento del mundo sin violencia, como el ideal proclamado por la URSS y la India en la Declaración de Nueva Delhi, ideal al que invitamos a atenerse a los demás.

Además, hoy ya está claro que ningún Estado puede ser omnipotente incrementando su fuerza militar. Es más, haciendo hincapié en la fuerza militar, se debilitan, en definitiva, otros componentes de la seguridad nacional.

Para nosotros es incuestionable también la necesidad de observar el principio de la *libertad de opción*. La renuncia a este principio puede acarrear gravísimas consecuencias para la paz universal. Negar este derecho de los pueblos, cualquiera que sea el pretexto o las palabras que se usen para ello, significaría atentar contra el equilibrio logrado, aunque éste sea inestable. La libertad de opción es un principio universal que no debe tener excepciones.

No fueron las buenas intenciones las que nos llevaron a la conclusión sobre lo indiscutible de este principio, sino el análisis imparcial de los procesos objetivos de nuestra época, cuyo rasgo, cada vez más perceptible, es la *multiplicidad* de los modelos de desarrollo social en distintos países, tanto del sistema capitalista como del socialista.

Prueba de ello lo es también la diversidad de las estructuras sociopolíticas que en los decenios últimos derivaron de los movimientos de liberación nacional.

Este hecho objetivo presupone el respeto a las ideas y posiciones de otros, la tolerancia, la voluntad de acoger lo distinto no obligatoriamente como algo malo y hostil, la capacidad de aprender a convivir, siendo diferentes y no conformes en todo.

La autoafirmación de la diversidad del mundo hace inconsistentes los intentos de echar miradas arrogantes a cuantos nos rodeen y de enseñarles un determinado tipo de democracia, máxime que los valores democráticos "de exportación" muy a menudo se desvalorizan con suma rapidez.

Así, pues, se trata de la unidad dentro de la diversidad. Si lo constatamos en el plano político, si confirmamos nuestro apego a la libertad de opción, entonces desaparecerán las ideas de que una nación se encuentra en la tierra por la "voluntad divina" y alguna otra se vio aquí por pura casualidad.

Ya es hora de desembarazarnos de este complejo y de trazar de manera adecuada la línea política, lo que abriría perspectivas para consolidar la unidad del mundo.

La nueva etapa de desarrollo reclama desideologizar las relaciones entre Estados. No renunciamos a nuestras convicciones, a nuestra filosofía y tradiciones, ni exhortamos a que otros abandonen las suyas.

Pero tampoco tenemos la intención de encerrarnos dentro de nuestros valores, lo que supondría una degeneración espiritual, pues significaría renunciar al potente agente de desarrollo que es el intercambio de todo lo original que crea cada nación. Y que en el curso de tal intercambio cada nación pruebe las ventajas de su régimen, de su modo de vida y de sus valores, pero que lo haga no ya mediante palabras y propaganda, sino con hechos reales.

Precisamente así concebimos la lucha ideológica honesta. Pero ésta no debe ser extendida a las relaciones entre los Estados, de lo contrario no seríamos capaces de resolver ninguno de los problemas mundiales, o sea: ni promover una amplia colaboración entre los pueblos en pie de igualdad y beneficio recíproco; ni aprovechar racionalmente los adelantos de la revolución científico-técnica; ni remodelar las relaciones económicas mundiales y proteger el medio ambiente; ni superar el subdesarrollo, acabar con el hambre, las enfermedades, el analfabetismo y con otros males de igual magnitud; y, por supuesto, no conseguiríamos liquidar la amenaza nuclear y el militarismo.

Así vemos las leyes de desarrollo mundial en el umbral del siglo XXI.

Desde luego, no tenemos la intención de pretender la verdad absoluta. Pero tras un análisis minucioso de las realidades de antaño y de hoy, hemos llegado a la conclusión de que debemos atenernos precisamente a estos criterios para buscar, en común acuerdo, el camino hacia la *primacía de la idea universal* sobre una multitud de fuerzas centrífugas, hacia la conservación de la vitalidad de nuestra civilización que es, quizá, la única en el universo.

¿Acaso hay aquí cierta dosis de romanticismo? ¿Acaso exageramos las posibilidades y el grado de madurez de la conciencia social en el mundo? Tales dudas e interrogantes se dejan oír en nuestro propio país y en boca de algunos interlocutores occidentales.

Estoy seguro de que no nos apartamos de la realidad. En el mundo se han formado fuerzas que, de una u otra manera, llaman a *entrar en el período de paz*. Las naciones, los amplios sectores de opinión, en efecto, anhelan vehementemente las mejoras en el mundo, quieren aprender a colaborar. En ocasiones, incluso, sorprende la fuerza de esta tendencia. Importa, asimismo, que tales ánimos empiecen a plasmarse en política.

Los cambios que han sufrido los enfoques filosóficos y las relaciones políticas constituyen una importante premisa para dar, con base en los procesos universales objetivos, un poderoso impulso a los esfuerzos que se hacen por establecer nuevas relaciones entre los Estados.

A este respecto, van cambiando de actitud hasta los políticos que en su tiempo se mostraban partidarios de la "guerra fría" e, incluso, los artifices de sus momentos más graves. Les será muy duro renunciar a los estereotipos y a sus viejas prácticas. Pero si hasta ellos han dado un giro así, es obvio que con el advenimiento de nuevas generaciones las condiciones se harán aún más propicias.

De esta forma, el tomar conciencia de la necesidad de ese período de paz va abriéndose camino y convirtiéndose en una tendencia predominante.

Como resultado, se ha hecho posible dar los primeros pasos para sanear la situación internacional e impulsar el desarme.

Veamos en qué se traduce ello en la práctica. Lo más lógico y racional sería no renunciar a todo lo positivo que se ha logrado, haciendo avanzar todo lo saludable que con esfuerzos conjuntos se haya alcanzado en estos últimos años.

Me refiero al proceso negociador que se mantiene sobre los problemas del armamento nuclear, de las armas convencionales y químicas, y a la búsqueda de enfoques políticos para poner fin a los conflictos regionales. Me refiero, ante todo, al diálogo político más intenso y abierto, que busca resolver el problema a fondo en vez de la confrontación, intercambiar criterios constructivos en vez de acusaciones recíprocas. El proceso negociador no avanzará sin diálogo político.

A nuestro modo de ver, existen perspectivas felices para un futuro inmediato y más lejano. Vean el cambio que han experimentado nuestras relaciones con Estados Unidos. Poco a poco hemos venido logrando el entendimiento, han surgido elementos de confianza mutua, sin lo cual es imposible avanzar en política.

Europa ofrece elementos aún más positivos. El proceso de Helsinki es de extraordinaria importancia. Creo que sigue conservando su vigencia actual. Se le debe conservar y ahondar en todos los aspectos: en lo filosófico, lo político y lo práctico, pero teniendo presente las nuevas circunstancias.

Las realidades del día de hoy son tales que un diálogo que asegure la marcha normal y constructiva del proceso internacional requiere una participación constante y activa de todos los países y regiones del mundo: tanto de países de primera magnitud como la India, China, Japón, Brasil, y de muchos otros, grandes, medianos y pequeños.

Soy partidario de dinamizar el diálogo político, de darle un contenido más sustancial, de robustecer las premisas políticas indispensables para mejorar el clima internacional. Entonces será más fácil dar solución a muchos problemas. La tarea es ardua pero es indispensable acometerla. Todos deben participar en el avance hacia una mayor unidad en el mundo.

Ello es muy importante ahora que llega un momento de extrema importancia en que se plantea asegurar la solidaridad del mundo, la estabilidad y el carácter dinámico de las relaciones internacionales.

No obstante, al conversar con estadistas y políticos extranjeros —he tenido más de 200 charlas de esta clase— yo sentía a veces su insatisfacción por el hecho de que en esta etapa trascendental se ven, por una u otra razón, en ocasiones al margen de las cuestiones fundamentales de la política mundial.

Resulta lógico y correcto que nadie quiera conformarse con ello.

Si constituimos partes —distintas, eso sí— de una misma civilización, si estamos conscientes de la integridad del mundo de hoy, esta conciencia debe estar presente cada vez más en la política y en los esfuerzos prácticos por armonizar las relaciones internacionales. Es posible que en este caso concreto no sea adecuado el término *perestroika*, pero sí me pronuncio por las *nuevas relaciones internacionales*.

Estoy convencido de que, en nuestra época, las realidades del mundo contemporáneo plantean la necesidad de *internacionalizar* el diálogo y el proceso de las negociaciones. Es la *generalización fundamental* que hicimos, participando en la política internacional y analizando los procesos que en estos últimos tiempos cobran vigor en el mundo.

II

En este contexto histórico se plantea definir el nuevo papel de las Naciones Unidas. Consideramos necesario que los Estados replanteen su actitud hacia este instrumento singular, sin el cual la política internacional resulta ya inconcebible. Al activar su gestión pacificadora, la ONU ha demostrado últimamente su capacidad de ayudar a los Estados miembros a contrarrestar las amenazas de la época, y a humanizar las relaciones internacionales. Apenas creada, la organización tuvo que hacer frente a las presiones de la "guerra fría" y, lamentablemente, se convirtió por largos años en campo de batallas propagandísticas, campo en que se cultivaba la confrontación política.

Incumbe a los historiadores debatir quién, en mayor o menor medida, es culpable de ello. Los políticos hoy debemos tomar en consideración las lecciones de esa etapa de la historia de las Naciones Unidas, que entró en contradicción con la propia naturaleza y misión de la ONU. Una de las lecciones más amargas e importantes es la lista interminable de oportunidades desaprovechadas; y, consecuentemente, la disminución, en cierta etapa, del prestigio de la ONU y la frustración de muchas de sus iniciativas.

La revitalización de la ONU está relacionada con el mejoramiento del clima internacional, y es un hecho digno de destacar. Las Naciones Unidas acumulan los intereses de diversos países, y es la única organización capaz de hacer converger todos los intereses: bilaterales, regionales y globales. Actualmente, en todas las esferas que incumben a la ONU —política, militar, económica, tecnocientífica, ecológica y humanitaria—, se presentan nuevas oportunidades. Tomemos como ejemplo el *problema del*

desarrollo, que tiene carácter global. Las condiciones infrahumanas en que viven decenas de millones de hombres en algunos países del Tercer Mundo constituyen una amenaza para toda la humanidad. Ninguna entidad cerrada, bien sea una asociación regional de Estados, con toda la importancia que tiene, podrá quitar los nudos que se han formado en las líneas principales del sistema económico mundial: Norte-Sur, Este-Oeste, Sur-Sur, Sur-Este, Este-Este. Es necesario mancomunarse esfuerzos, tomar en consideración los intereses de todos, y sólo la ONU es capaz de realizar esta labor.

El problema más espinoso es la *deuda externa*. No olvidemos que la prosperidad para buena parte de la comunidad internacional fue financiada, a costa de enormes pérdidas y sacrificios, por los países del Tercer Mundo. Ha llegado la hora de compensar las privaciones que supuso para ellos esta trascendental y dramática aportación al progreso material del orbe.

Estamos convencidos de que la solución radica en la *internacionalización de enfoques*. Si somos realistas debemos reconocer que la deuda es impagable e incobrable bajo las condiciones en que se contrae.

La Unión Soviética está dispuesta a declarar una moratoria a largo plazo, hasta de 100 años, sobre el pago de la deuda de los países menos desarrollados, y en algunos casos, a condonarla.

En lo que se refiere a *otros países en vías de desarrollo*, proponemos considerar lo siguiente:

- Restringir el pago de la deuda oficial, de acuerdo con los indicadores de desarrollo económico de cada país deudor o prorrogar a largo plazo el pago de buena parte de la deuda;
- apoyar a la UNCTAD, que llama a reducir la deuda contraída con los bancos comerciales, y
- garantizar el apoyo gubernamental a los mecanismos de mercado para el arreglo de la deuda, incluida la fundación de una organización internacional especializada que se encargue de comprar los títulos de la deuda a precios rebajados.

La URSS se pronuncia por una discusión constructiva de vías hacia el arreglo de la crisis de la deuda en diferentes foros pluripartitas, incluidas las consultas que se celebran bajo los auspicios de la ONU entre los jefes de gobierno de países acreedores y deudores.

La seguridad económica internacional es inconcebible sin el desarme, sin definir el *peligro ecológico mundial*. En algunas regiones el estado del medio ambiente es espeluznante.

La ONU planea celebrar en 1992 una conferencia sobre el medio ambiente. Aplaudiendo esta decisión, la Unión Soviética espera que el foro dé resultados adecuados a las proporciones del problema. Entre tanto, el tiempo apremia. Diferentes países realizan esfuerzos por resolver el problema ecológico y en este discurso sólo quisiera hacer hincapié en las oportunidades que brinda para ello el desarme, ante todo el desarme nuclear.

Deberíamos pensar, además, en la posibilidad de crear en la ONU un centro de socorro ecológico, que pueda enviar con urgencia grupos de expertos internacionales en caso de grave deterioro en la situación medio-ambiental en cualquier región.

Además, la Unión Soviética está dispuesta a colaborar en la creación de un laboratorio espacial o nave orbital con tripulación internacional dedicada exclusivamente a observar el medio ambiente.

En la *exploración del espacio* se manifiestan con mayor nitidez los rasgos de la futura industria espacial.

Es conocida la posición que a ese respecto mantiene la Unión Soviética: ese quehacer debe excluir que se vaya al espacio con armas. Para ello es necesario poner a punto un fundamento jurídico. Ya disponemos de una base para ello: el Tratado de 1967 y otros convenios.

Sin embargo, ya ha madurado la necesidad de elaborar también un régimen global de actividad civil en el *espacio*. Ello debería estar bajo supervisión de una Organización Espacial Mundial.

Más de una vez hemos propuesto fundarla. Estamos dispuestos a incluir en el sistema de tal organización nuestro radar de Krasnoyarsk. Ya se ha decidido ponerlo a disposición de la Academia de Ciencias de la URSS.

Los científicos soviéticos acogerían con agrado a sus colegas extranjeros y debatirían con ellos cómo convertirlo en centro internacional de cooperación pacífica, desmantelando y cambiando algunas instalaciones y completándolo con los bienes de equipo que faltan.

Todo ese sistema podría funcionar bajo la égida de la ONU.

El mundo entero aplaude los esfuerzos que desarrollan la ONU, su secretario general, Pérez de Cuéllar, y sus enviados especiales, para deshacer los *nudos regionales*.

Permítanme que me centre más en este tema. Parafraseando las líneas poéticas que Hemingway tomó de epígrafe para su famosa novela, diré: la campana de todo conflicto regional dobla por todos nosotros.

En eso hay mucha razón, puesto que los enfrentamientos estallan en el Tercer Mundo, el cual ya de por sí tropieza con numerosos problemas y con calamidades de una envergadura preocupante para todos.

El año de 1988 ha traído un rayo de esperanza en este sentido. Su luz ha iluminado, de hecho, todas las regiones donde hay situaciones críticas, en algunas ya hay cambios positivos. Los aplaudimos. Contribuimos a alcanzarlos dentro de nuestras posibilidades.

Me limitaré a comentar sólo el caso de Afganistán. Los acuerdos de Ginebra, cuyos principios y cuya importancia práctica obtuvieron alta valoración en el mundo entero, hacían posible concluir el proceso de solución ya este año. Pero no se ha conseguido. Y este hecho lamentable vuelve a recordar la significación política, jurídica y moral de la antigua máxima romana: *pacta sunt servanda*.

No quiero utilizar esta tribuna para hacer reproches a nadie. Pero nos parece que, dentro de las competencias de la ONU, se podría complementar la resolución de noviembre de la Asamblea General con algunas medidas concretas.

Según se dice en la resolución, "para que los propios afganos den una solución global e inmediata al problema de la creación de un Gobierno con amplia base social", proponemos lo siguiente:

- A partir del 1o. de enero de 1989, cesar completamente el fuego y las operaciones bélicas o los tiroteos, dejando bajo control de los grupos facciosos —mientras duren las negociaciones— los territorios que ocupan;
- cesar desde el mismo día los suministros de armas a todas las partes en conflicto;
- mientras se esté en proceso de formar el gobierno de amplia coalición previsto en la resolución de la Asamblea General, enviar a Kabul y a otros centros estratégicos del país un contingente de fuerzas de la ONU para mantener la paz;
- nos dirigimos al secretario general de la ONU con la petición de que haga las gestiones necesarias para celebrar lo antes posible una conferencia internacional sobre neutralidad y desmilitarización de Afganistán.

Seguiremos ayudando activamente a restañar las heridas de la guerra y estamos dispuestos a cooperar en ello, tanto con la ONU como en términos bilaterales.

Apoyamos la propuesta de crear bajo los auspicios de la ONU un cuerpo internacional de voluntarios de la paz, que contribuya al renacimiento de Afganistán.

Respecto a la solución de los conflictos regionales considero necesario mencionar un grave incidente ocurrido hace poco en relación con las labores de la presente sesión.

Las autoridades de Estados Unidos impidieron la entrada en el país, para intervenir ante la Asamblea General, del representante de una organización con

estatus de observador permanente ante la ONU. Me refiero a Yasser Arafat.

Esto se produce en un momento en que la Organización para la Liberación de Palestina acaba de dar un importante y edificante paso que facilita la búsqueda de soluciones para deshacer el nudo de problemas en Cercano Oriente, con la participación del Consejo de Seguridad de la ONU. Esto se produce en el momento en que se perfila la tendencia positiva de arreglo político de otros conflictos regionales, arreglo que en algunos casos cuenta con la cooperación de la URSS y Estados Unidos.

Lamentamos mucho lo ocurrido y expresamos nuestra solidaridad con la Organización para la Liberación de Palestina.

Señores:

La concepción de la seguridad internacional global se basa en los principios de la Carta de la ONU y en el reconocimiento obligatorio del *derecho internacional* por todos los Estados.

Abogando por la desmilitarización de las relaciones internacionales, queremos ver los métodos políticos y jurídicos, dando prioridad a la solución de los problemas que surgen.

Nuestro ideal es una comunidad de Estados de derecho, que también en su política exterior hagan privar el derecho.

A hacerlo realidad contribuirían la unificación, por acuerdo en el marco de la ONU, de la interpretación de los principios y de las normas del derecho internacional, su codificación con arreglo a las nuevas condiciones, así como la elaboración de nuevas normas reguladoras para nuevas esferas de la cooperación. En este nuestro siglo nuclear, el derecho internacional no debe basarse en un cumplimiento coercitivo, sino en unas normas que reflejen el equilibrio de intereses de los Estados.

Junto con la creciente concientización de la comunidad objetiva del destino ello haría que cada Estado se sintiera movido a autolimitarse mediante el derecho internacional.

La democratización de las relaciones internacionales requiere no sólo la máxima internacionalización de las soluciones de los problemas que conciernen a todos los miembros de la comunidad mundial; significa, también, la *humanización* de tales relaciones.

Estas últimas reflejarán plenamente los verdaderos intereses de los pueblos y servirán con fidelidad a la causa de la seguridad universal, siempre y cuando el hombre, sus preocupaciones, derechos y libertades sean la medida de todo.

En ese contexto quisiera asociar la voz de mi país a las altas valoraciones que se dan al significado de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada 40 años atrás, el 10 de diciembre de 1948.

Este documento mantiene su vigencia hasta el presente. En él también ha tenido su expresión el carácter universal de los objetivos y las tareas de la ONU.

Lo más apropiado que puede hacer un Estado para conmemorar el aniversario de dicha declaración es mejorar las condiciones para la observancia y la protección de los derechos de sus ciudadanos.

Antes de referirme a los pasos emprendidos últimamente, quiero señalar lo siguiente: nuestro país atraviesa por un momento verdaderamente revolucionario. El proceso renovador va cobrando fuerza. Hemos comenzado por elaborar una concepción teórica de la *perestroika*. Habría que valorar el carácter y la envergadura de los problemas, analizar las enseñanzas del pasado y expresarlo todo en forma de conclusiones y programas políticos. Y así lo hemos hecho.

Pero el trabajo teórico, la reconsideración de lo que está ocurriendo, el desarrollo y la corrección de las posturas políticas, lejos de haber acabado, continúan.

Era muy importante empezar por una concepción general, la cual, como demuestra la experiencia de los últimos años, es acertada en lo fundamental y no tiene alternativa.

Para incorporar a la sociedad en la realización de los planes reformadores se ha necesitado, de hecho, democratizarla. Al calor de la democratización, la *perestroika* se ha extendido a la política, la economía, la vida cultural y la ideología.

Hemos desplegado una radical reforma económica. Ya vamos teniendo experiencia, y a comienzos de año toda nuestra economía adoptará nuevas formas y métodos de trabajo; todo lo cual significa una reorganización a fondo de las relaciones de producción y un mejor aprovechamiento del enorme potencial que encierra la propiedad socialista.

Al acometer estas transformaciones audaces y revolucionarias estábamos conscientes de que habría errores, y que habría quien opusiera resistencia, de que este nuevo estilo de vida originaría nuevos problemas. También preveíamos la posibilidad de estancamiento en algunos aspectos.

No obstante, la reforma democrática en profundidad de todo el sistema de poder y administración es garantía segura de que el proceso general de renovaciones irá avanzando y ganando fuerza.

Con las recientes decisiones del Soviet Supremo de la URSS sobre enmiendas a la Constitución y con la adopción de la Ley sobre las elecciones, hemos culminado la primera etapa del proceso de reforma política.

Y sin más dilaciones hemos entrado en la segunda etapa de la reforma, en la cual lo fundamental será establecer las relaciones entre el centro y las repúblicas, arreglar las relaciones entre las na-

cionalidades sobre principios del internacionalismo leninista, principios que nos han sido legados por la Gran Revolución, y, además, reorganizar el poder de los soviets en toda la geografía nacional.

Nos espera una gran labor, cumpliendo simultáneamente tareas enormes.

Estamos seguros de que en este quehacer nos acompañará el éxito. Contamos con la teoría, la política y la fuerza motriz del proceso de renovación: el partido que se renueva en función de las nuevas tareas y transformaciones radicales en toda la sociedad.

Lo más importante es que todos los pueblos y todas las generaciones de nuestro gran país abogan por este proceso.

Nos hemos adentrado bastante en el proceso de construcción del Estado socialista de derecho. Toda una serie de leyes nuevas está preparada o en etapa de preparación.

Muchas leyes entrarán en vigor ya en 1989 y, según esperamos, responderán a los más altos criterios de la garantía de los derechos del individuo.

La democracia soviética contará con una sólida base legal. Se trata de actos como las leyes que aseguran la libertad de conciencia, la *glasnost*, las leyes sobre las asociaciones y organizaciones de masas, y otras muchas.

En nuestras prisiones no hay reclusos condenados por sus credos políticos o religiosos.

Se piensa incluir en los proyectos de nuevas leyes más garantías para evitar cualquier persecución por esos motivos.

Ello no se aplica, desde luego, a quienes hayan cometido delitos comunes o crímenes contra el Estado (espionaje, actos de sabotaje, terrorismo, etc.), sin importar los criterios políticos o ideológicos que sustenten.

El proyecto de cambios en el código penal está redactado y espera ser puesto sobre el tapete. Lo que se revisa son, concretamente, los artículos relacionados con la aplicación de la pena capital.

En un espíritu de humanismo se resuelve el problema de la salida y la entrada, concretamente el relativo a la salida al extranjero por razones de reunificación familiar. Como se sabe, uno de los motivos de que a algunos ciudadanos se les niega la salida, se debe a que son portadores de secretos de Estado. Se establecerán plazos rigurosos de vigencia de los secretos.

En el momento de entrar a trabajar en ciertas instituciones o empresas, se informará a cada uno de esta regla. Cualquier litigio que surja puede ser arreglado según la ley.

De esta forma se retira del orden del día el problema de los llamados "rechazados".

Nos proponemos ampliar la participación de la Unión Soviética en los mecanismos de control de los derechos humanos adjuntos a la ONU y en el

marco del proceso europeo. Consideramos que la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, respecto a la interpretación y aplicación de convenios en materia de derechos humanos, debe ser extensiva a todos los Estados.

En el contexto del proceso de Helsinki, consideramos la eliminación de interferencias para los programas de todas las emisoras extranjeras dirigidas a la Unión Soviética.

En general, nuestro criterio es el siguiente: resolver los problemas políticos sólo por medios políticos, y los problemas humanos, por métodos humanos.

III

Ahora me voy a referir a lo principal, *al desarme*, sin el cual no podrá resolverse ninguno de los problemas del siglo entrante.

La carrera de los armamentos y la militarización de la mentalidad han deformado el desarrollo internacional y la comunicación.

Como se sabe, el 15 de enero de 1986, la Unión Soviética presentó el programa de edificar un mundo desnuclearizado. Su materialización, en reales posiciones negociadoras, ha dado ya frutos tangibles.

Mañana se cumplirá el primer aniversario de la firma del tratado sobre la eliminación de los misiles de alcance medio y menor. Con gran satisfacción afirmo que este tratado —la eliminación de misiles— se realiza normalmente con un espíritu de confianza y con sentido práctico.

En el muro de recelos y enemistad, al parecer infranqueable, se ha abierto una inmensa brecha. Ante nuestros ojos surge una nueva realidad histórica: *el viraje del principio de los super-armamentos al principio de una suficiencia razonable para la defensa*.

Somos testigos de los primeros brotes de un nuevo modelo de garantía de la seguridad, que se forma no mediante un armamentismo creciente, como ha sido casi siempre, sino, por el contrario, reduciéndolo con base en acuerdos transigentes.

La dirección soviética ha decidido volver a mostrarse dispuesta a fortalecer este sano proceso, no sólo de palabra, sino también de hecho.

Hoy puedo informarles a ustedes de la decisión tomada por la Unión Soviética de recortar sus Fuerzas Armadas.

En los dos próximos años disminuirán en 500 mil hombres y se reducirá sustancialmente la cantidad de armamentos convencionales. Estas reducciones se harán en *forma unilateral*, al margen de las negociaciones que se sostienen por decisión del Encuentro de Viena.

Con el previo acuerdo de nuestros aliados del Tratado de Varsovia hemos tomado la decisión de retirar, para el año 1991, seis divisiones de tanques, acantonadas en la RDA, Checoslovaquia y Hungría, y de disolverlas.

De los grupos de tropas soviéticas estacionados en estos países, serán eliminadas las unidades de desembarco y asalto, así como otras unidades, comprendidas las de desembarco y transporte, con su respectivo armamento y material bélico.

Las tropas soviéticas emplazadas en estos países serán reducidas en 50 mil efectivos, y los armamentos en 5 mil tanques.

Todas las divisiones soviéticas que quedan aún en territorio de nuestros aliados cambiarán de estructura. Será distinta a la actual que, después de eliminado un considerable número de tanques, se hará inequívocamente defensiva.

Simultáneamente reduciremos efectivos de las tropas y armamentos en la parte europea de la URSS.

En total, en esta parte de nuestro país y en territorio de nuestros aliados europeos, las Fuerzas Armadas soviéticas serán reducidas en 10 mil tanques, 8 mil 500 sistemas de artillería y 800 aviones de combate.

En estos dos años nos proponemos reducir sustancialmente las fuerzas armadas en la parte asiática del país. Por acuerdo con el gobierno de Mongolia una buena parte de las tropas soviéticas, que se encuentran provisionalmente en ese país, regresarán a la patria.

Estas decisiones de excepcional importancia, tomadas por los dirigentes soviéticos, expresan la voluntad del pueblo, enfrascado en la profunda renovación de la sociedad socialista.

Seguiremos manteniendo el poder defensivo del país a un nivel de suficiencia razonable y fiable, para que nadie caiga en la tentación de atentar contra la seguridad de la URSS y de sus aliados.

Con esta acción nuestra, igual que con toda la actividad a favor de la desmilitarización de las relaciones internacionales, quisiéramos centrar la atención de la comunidad mundial en otro problema de actualidad: el del paso de la *economía de los armamentos a la del desarme*.

¿Es factible la reconversión de la industria bélica? En otras ocasiones ya he abordado el tema. Consideramos que este proyecto es factible.

Por su parte, la Unión Soviética está dispuesta a:

- Elaborar y presentar el plan interno de la reconversión, en el marco de la reforma económica;
- en el transcurso de 1989 preparar, a título de experimento, los planes de reconversión de dos o tres empresas de la industria de guerra, y

- hacer públicas nuestras experiencias de relocalización de especialistas ocupados en la industria de guerra, así como del aprovechamiento de sus bienes de equipo, instalaciones y edificios en los sectores civiles de la industria.

Sería deseable que todas las naciones, en primer término las mayores potencias militares, presenten a la ONU planes nacionales propios de reconversión. Y sería útil formar un equipo de científicos que, tras analizar en profundidad los problemas de reconversión en su conjunto y con respecto a determinados países y regiones, presenten el informe correspondiente al secretario general de la ONU. Luego, sugerimos examinar este tema en una sesión de la Asamblea General.

IV

Una última cuestión. Encontrándome en suelo norteamericano, y por otros motivos bien comprensibles, debo abordar el tema de nuestras relaciones con este gran país. Pude apreciar su hospitalidad en su justo valor durante mi memorable visita a Washington hace exactamente un año.

Las relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos de América tienen una historia de cinco decenios y medio. Ha ido cambiando el mundo y han ido cambiando el carácter, el papel y el lugar de estas relaciones en la política mundial. Durante mucho tiempo estuvieron marcadas por el signo de la confrontación y, a veces, de animadversión abierta o encubierta.

Sin embargo, en los años últimos, gracias a las mejoras en los contenidos y la forma de las relaciones entre Moscú y Washington, el mundo ha experimentado un cierto alivio.

Nadie tiene la intención de minimizar la seriedad de nuestras divergencias y dificultades en los problemas pendientes de solución. Sin embargo, ya hemos pasado las clases primarias de entendimiento y de búsqueda de soluciones en interés de nuestros pueblos y de los de todo el mundo.

La URSS y Estados Unidos han creado los mayores arsenales nucleares. Precisamente estos países, al asumir su responsabilidad, resultaron los primeros en firmar el tratado sobre la reducción y la destrucción física de parte de sus arsenales, que encerraban la amenaza tanto para ellos mismos como para todos los demás.

Ambos países poseen las mayores cantidades de armas secretas sofisticadas. Pero precisamente estos países han fundamentado, y vienen desarrollando, el sistema de control sobre destrucción, limitación y prohibición de tales armas.

Estos países, precisamente, vienen acumulando experiencias para los futuros acuerdos, tanto bilaterales como multilaterales.

Y esto lo valoramos altamente. Reconocemos y apreciamos el aporte hecho por el presidente Reagan y los miembros de su administración, sobre todo por el señor George Shultz. Todo ello es un capital invertido conjuntamente en una empresa de importancia histórica. Este capital no debe ser malgastado, ni dejado fuera de la circulación.

La nueva administración de Estados Unidos, encabezada por el presidente George Bush, encontrará en nosotros a un socio dispuesto a continuar, sin pausas largas ni marchas atrás, el diálogo con base en el realismo, apertura y buena voluntad, el deseo de obtener resultados concretos, y con una agenda que abarque los problemas clave de las relaciones soviético-estadounidenses y de la política internacional.

Se trata, ante todo, de los siguientes aspectos:

- Avanzar consecuentemente hacia la firma de un acuerdo sobre la reducción en el 50% de las armas estratégicas, manteniendo intacto el Tratado de DAM;
- elaborar una convención sobre la liquidación de las armas químicas (en esto, pensamos nosotros, hay premisas para que sea decisivo el año 1989), y
- entablar negociaciones sobre la reducción de fuerzas y armas convencionales en Europa.

Se trata, asimismo, de los problemas económicos, ecológicos y humanitarios en su sentido más amplio.

Pero sería erróneo atribuir los cambios positivos en la situación internacional solamente a la URSS y Estados Unidos.

La Unión Soviética valora en alto grado el ponderable y original aporte hecho por los demás países socialistas al proceso de saneamiento de la situación internacional.

En el curso de las negociaciones sentimos siempre la presencia de otros Estados importantes, nucleares y no nucleares. Asimismo, muchos otros países, medios y pequeños —comprendidos, naturalmente, el Movimiento de No Alineación y el Grupo de los Seis— vienen desempeñando en ello un papel sumamente importante.

En Moscú observamos con satisfacción el hecho de que estén dispuestos a asumir el peso de la responsabilidad común un número cada vez mayor de estadistas, políticos, dirigentes del partido, personalidades sociales y —lo que para mí es especialmente significativo— científicos, hombres de la cul-

tura, movimientos sociales, iglesias y activistas de la denominada diplomacia popular.

En este contexto creo que merece atención la propuesta de reunir regularmente, bajo la égida de la ONU, las asambleas de las organizaciones sociales.

No queremos simplificar la situación que hay en el mundo.

Es cierto que la tendencia al desarme ha recibido un fuerte impulso, y que este proceso va cobrando una fuerza por la inercia propia. Pero todavía no se ha hecho irreversible.

Es cierto que la voluntad de renunciar a la confrontación en favor del diálogo y la cooperación se ha manifestado con vigor. Pero esa voluntad todavía no se ha consolidado definitivamente en la práctica de las relaciones internacionales.

Es cierto que el avance hacia un mundo desnuclearizado y no violento es capaz de transformar radicalmente la fisonomía política y cultural del planeta. Pero se han dado sólo los primeros pasos, por lo demás acogidos con desconfianza en determinados círculos influyentes, y estos pasos encuentran resistencia.

La herencia y la inercia del pasado siguen pesando.

Las profundas contradicciones y las raíces de muchos conflictos no han desaparecido.

Y ahí está un hecho fundamental: la formación de un mundo pacífico tendrá por marco la existencia y la rivalidad de los distintos sistemas socioeconómicos y políticos.

Sin embargo, el sentido de nuestros esfuerzos internacionales, así como uno de los postulados básicos de la nueva mentalidad, consisten, precisamente, en imprimir a esa rivalidad el carácter de emulación razonable en términos de respeto por la libertad, de opción y el equilibrio de intereses.

En este caso ella será útil y productiva desde el punto de vista del desarrollo mundial.

De lo contrario —si la carrera armamentista sigue siendo su principal componente—, la rivalidad puede llegar a ser fatal.

Y son cada vez más las personas en todo el mundo —desde ciudadanos sencillos hasta dirigentes— que van tomando conciencia de ello.

Estimado señor presidente;

estimados delegados:

Concluyo mi primera intervención en la Organización de las Naciones Unidas con el mismo sentido con que la he comenzado: con el sentido de responsabilidad ante mi pueblo y ante la comunidad mundial.

Este encuentro se produce en las postrimerías de un año que ha significado mucho para las Naciones

Unidas, y en vísperas de un año nuevo en el que tenemos muchas esperanzas.

Es de creer que esas esperanzas nuestras serán correspondidas por nuestros esfuerzos conjuntos para acabar con la era de las guerras, confrontaciones y conflictos regionales, con la agresión contra la naturaleza, con el terror del hambre y la miseria, con el terrorismo político.

Tal es nuestro objetivo común y sólo con esfuerzos comunes podremos conseguirlo.

Gracias.

Naciones Unidas, Nueva York, 7 de diciembre de 1988.